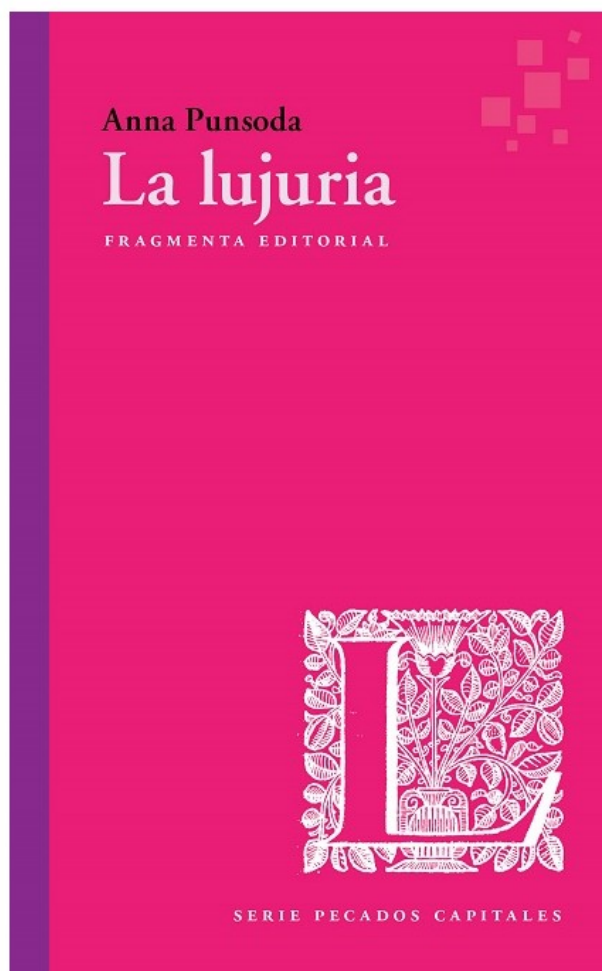


«LA LUJURIA» DE ANNA PUNSODA. POR ORIOL PÉREZ I TREVIÑO

👤 Jose ⌚ diciembre 8, 2020 📁 Entre clásicos, Libros, Revistas

Miércoles, 9 de diciembre de 2020

Una de las sorpresas que uno ha tenido con la lectura de la potente serie de los *Pecados Capitales* publicada por Fragmenta Editorial ha sido la ausencia, en los siete ensayos, de dos importantes referencias de la cultura cristiana y, por tanto, occidental vinculadas con dichos pecados. La primera de ellas ha sido la no referencia a la figura del eremita San Antonio Abad (Ca 250-356) que como es conocido, después de haberse retirado en el desierto, fue tentado por demonios que representaban dichos pecados. Posiblemente fue en esta lucha antoniana cuando se inició aquel arquetipo de la «*lucha interior*» que, para muchos teólogos y figuras cristianas, todos los humanos estamos condenados a llevar a cabo. En el caso de San Antonio, además, tenemos que sumar como las manifestaciones culturales no han podido dejar de tratar la temática y, así, numerosas son las representaciones pictóricas (desde El Bosco hasta Salvador Dalí), pero también en la literatura de la mano de una figura como Gustave Flaubert (1821-1880) – otro de los grandes de la literatura francesa que el año próximo tendremos que celebrar el bicentenario de su nacimiento y sus *Las tentaciones de San Antonio* (1874).



Con el fin de luchar en contra de los pecados capitales, la teología cristiana señaló unas herramientas para combatirlos como son la humildad (*humilitas*) para luchar contra la soberbia, la generosidad (*generositas*) contra la avaricia, la paciencia (*patientia*) contra la ira, la templanza (*temperantia*) contra la gula, la caridad (*caritas*) contra la envidia, la diligencia (*diligentia*) contra la pereza y la castidad (*castitas*) contra la lujuria. Estas herramientas eran y son las siete virtudes. Ninguna de estas siete virtudes, de una manera incisiva y profunda, ha sido señalada por los ensayistas, si bien Ponsatí-Murlà nos habló de la magnífica *Psicomaquia* de Prudencio que es quien señaló, por primera vez, a estas virtudes. Desconozco si esto obedece a algún criterio editorial relacionado con el hecho de que, en el imaginario del editor Ignasi Moreta, se esté gestando una nueva colección titulada *Virtudes Capitales*. Lo desconozco.

El articulista ha dejado su última reseña dedicada al pecado de la lujuria que, posiblemente, sea el pecado que en general tengamos más integrado y/o aceptado. Es más. En otros espacios culturales y momentos históricos la práctica de la lujuria había sido celebrada en forma de misterios iniciáticos, orgías, bacanales o ritos. Ya fueran en honor de Baco, Dionisio o a través de inquietantes lecturas esotéricas de la

sexualidad por parte de los gnósticos, cierto es que la lujuria se la ha acabado relacionando, en uno u otro momento, con la expresión de una necesidad fisiológica o básica que, según aquella conocida pirámide de la teoría psicológica de Maslow, habría que asociar a las necesidades de la alimentación, del mantenimiento de la salud, de la respiración, del descanso y del sexo. A partir de aquí, cierto es que todo ha sido una especie de «*sálvese quien pueda*» donde todo ha valido. Y, en parte, porque se ha confundido la advertencia implícita del pecado de la «*lujuria*» con la misma necesidad del sexo. Y, posiblemente, a pesar de estar estrechamente interrelacionados no son exactamente lo mismo.

Este es el mismo enfoque que ha decidido realizar, brillantemente, Anna Punsoda que desde una perspectiva de género ha hablado más de sexualidad y deseo sexual femeninos, a través de diferentes novelas como *Jane Eyre* de Charlotte Bronte, *Fanny Hill* de John Cleland, *Aloma* y el cuento «*Rom negrita*» de Mercè Rodoreda, *Fanny* de Carles Soldevila y *Carta de una desconocida* de Stefan Zweig entre otros, que no estrictamente de la lujuria. Y, por supuesto, ésto nos puede llevar a creer que exista una lujuria masculina y una lujuria femenina dada su relación intrínseca con el sexo. Y bien sabemos, y la propia Punsoda nos lo ratifica, la diferencia en cuanto al sexo entre hombres y mujeres. Mucho me parece que, arquetípicamente, la sexualidad del hombre es solar y la de la mujer es lunar. Decir esto no significa que no haya mujeres con los atributos solares (brillantes, radiantes, luminosas) sino que su naturaleza se relaciona con el astro de la noche. El ciclo lunar, según la psicología arquetípica junguiana, se relaciona con el propio ciclo menstrual, por lo que se produce una diferencia notable entre hombres y mujeres en tantos y tantos aspectos. Ni mejores ni peores. Diferentes. Es aquella diferencia que maravillosamente apuntaba en aquel poema infantil, el mallorquín Gabriel Janer i Manila (1940)....

El sol i la lluna

es volen casar,

i han anat a veure

un rector que hi ha,

que casa els estels

de nit, vora mar.

El sol i la lluna

s'han enamorat.

El sol li regala

un capell brodat

de flors i de plomes,

i un jardí pintat.

El sol i la lluna

diuen que faran

festes i tiberis

quan es casaran.

Sabeu què remuguen

dins el cel tan gran?

Que el sol i la lluna

són éssers humans.

El sol és un príncep

que allarga les mans;

ella una pastora

vestida d'encants.

Les campanes toquen,

ja repicaran!

Rosaris d'estrelles

pel cel teixiran.

N'hi ha dos que s'estimen

dins l'espai tan gran.

El sol y la luna

se quieren casar,

y han ido a ver

un rector que hay,

que casa las estrellas

de noche, junto al mar.

El sol y la luna

se han enamorado.

El sol le regala

un gorro bordado

de flores y de plumas,

y un jardín pintado.

El sol y la luna

dicen que harán

fiestas y comilonas

cuando se casarán.

*¿Sabéis que murmorean
dentro del cielo tan grande?*

*Que el sol y la luna
son seres humanos.*

*El sol es un príncipe
que alarga las manos;
ella una pastora
vestida de encantos.*

*¡Las campanas tocan,
ya repicarán!*

*Rosarios de estrellas
por el cielo tejerán.*

*Hay dos que se aman
dentro del espacio tan grande.*

Soy consciente de que el feminismo me acusará de *machista* por utilizar un poema donde el sol ha sido elegido con el papel del príncipe y la luna con una simple pastora. Lo dejaremos estar porque, cuando uno habla de princesas para describir a las mujeres parece que tampoco está del todo bien. Una cosa está clara. Hombres y mujeres somos diferentes. Y la sexualidad y su deseo también. Es por ello que Punsoda no se está de monsergas y lo deja patente en uno de los fragmentos más contundentes del libro:

«Yo puedo mojar viendo follar unos orangutanes, pero eso no quiere decir que me sienta excitada. El deseo de las mujeres se encuentra en el cerebro, y es por ello que no se ha podido inventar una Viagra femenina (porque no es tan fácil como dilatar los vasos sanguíneos del pene). Entonces, cuando la

literatura contemporánea separa deseos y afectos, cuando presenta a las mujeres como seres que ven un culo bien hecho y sienten una necesidad loca de ir detrás, lo que hace es convertirnos en hombres, y de los básicos. Si esto nos servirá para acceder al poder, está por ver» (páginas 17-18).

A partir de aquí, diremos que Punsoda a través de diferentes paradigmas y modelos literarios nos habla más del deseo femenino que no a una lujuria llamémosle «asexuada», que no es ni masculina ni femenina, para llegar a unas conclusiones lúcidas e inteligentes como lo son *«pensar las tensiones sexuales para proteger el débil es un deber con la persona y la historia. Hacerlo sin matar el deseo es un deber con la vida, el arte y la gracia del mundo»*.

Estamos delante de un brillante ensayo sobre el deseo femenino que tiene la virtud, además, de que gusta tanto a hombres y, evidentemente, a mujeres. A los primeros por poder conocer un poco más, de la mano de una escritora lúcida, aquello que a veces nos puede costar entender de las mujeres, pero también a las mujeres para ver en «la Punsoda» una de las ensayistas más clarividentes de nuestro panorama.

Sin embargo, no voy a negar que uno se lleva una extraña sensación por no haber abordado la temática de un pecado capital más allá de la perspectiva de género que, como he dicho, hemos integrado y aceptado bastante por haberlo confundido con la necesidad del sexo y de su deseo. Es en esto donde, a mi criterio, donde se equivoca la ensayista cuando afirma que *«la lujuria no es un pecado sino un lujo en el que sólo han podido caer los hombres durante mucho siglos»*. Decir esto es obviar el hecho que nos ha señalado la tradición pictórica cristiana como es la ya mencionada asociación del pecado capital con un demonio. Y los demonios, ángeles caídos, parece ser que como los ángeles tampoco tienen sexo. El demonio asociado a la lujuria es el/la terrible *Asmodeo*. Y la presencia de *Asmodeo*, según la demonología, poco tiene que ver con la posibilidad de convertirse en un nuevo icono de mujer fatal. Tiene que ver con aquello que explica el bíblico *Libro de Tobit* cuando Sara, hija de Ragüel, fue poseída por el demonio *Asmodeo* y éste asesinó hasta siete maridos antes de que pudieran consumir el matrimonio. Cuando Tobías, hijo de Tobit, decidió casarse con Sara, todo parecía que terminaría de la misma manera, pero contó con un buen asesor, el Arcángel Rafael que le dio un consejo: poner sobre las brasas el hígado y el corazón de un pez. El hedor cerró el paso a *Asmodeo* que se fue por piernas hacia Egipto donde fue capturado por Rafael.

Más allá de la historia y de su literalidad, una cosa parece clara. La lujuria, como pecado capital, puede asociarse a un estado psíquico (obsesión o adicción) que pueden poseer por completo al individuo (hombre y mujer) y llevarlo a la perdición, a la destrucción y a su muerte. Hablar de una obsesión o adicción es hablar, necesariamente, de la parte oscura y constitutiva de nuestra psique, por lo que suele ser frecuente y habitual que su manifestación, pensemos en los adictos al sexo, implique también un

vacío, una ausencia y muchas veces, por qué esconderlo, un conflicto espiritual. En este aspecto, Anna Punsoda hace referencia a lo apuntado por la filóloga Marta Segarra donde la palabra «*deseo*» apuntaría un sentido etimológico privativo como sería el «*dejar de contemplar los astros*» (*de-sideris*). Sería, por tanto, dejar de contemplar el sol y la luna del poema infantil para constatar, así, la ausencia de algo. Es bajo esta lectura donde, en efecto, el brillante ensayo de Punsoda muestra cómo el deseo resuena con la propia lujuria. Y eso, mucho me parece, alcanza tanto a hombres como a mujeres. O puede que no.....

Oriol Pérez Treviño

@Oriol 67638017

«LA LUXÚRIA» D'ANNA PUNSODA

Dimecres, 9 de desembre de 2020

Una de les sorpreses que un ha tingut amb la lectura de la potent sèrie dels *Pecats Capitals* publicada per Fragmenta Editorial ha estat l'absència, en els set assaigs, a dues importants referències de la cultura cristiana i, per tant, occidental vinculades amb els esmentats pecats. La primera d'elles ha estat la no referència a la figura de l'eremita Sant Antoni Abat (Ca 250-356) que com és conegut, després d'haver-se retirat al desert, va ser temptat per dimonis que representaven els esmentats pecats. Possiblement va ser en aquesta lluita antoniana quan va iniciar-se aquell arquetip de la «*lluita interior*» que, per a molts tèlegs i figures cristianes, tots els humans estem condemnats a portar a terme. En el cas de Sant Antoni, a més, hem de sumar-hi com les manifestacions culturals no s'han pogut estar de tractar la temàtica i, així, nombroses són les representacions pictòriques (des de El Bosch fins a Salvador Dalí), però també a la literatura de la mà d'una figura com Gustave Flaubert (1821-1880)- un altre dels grans de la literatura francesa que l'any vinent n'hauem de celebrar el bicentenari del seu naixement- i les seves *Les temptacions de Sant Antoni* (1874).

Per tal de lluitar en contra dels pecats capitals, la teologia cristiana va assenyalar unes eines per combatre-hi com són l'humilitat (*humilitas*) per lluitar contra la supèrbia, la generositat (*generositas*) contra l'avarícia, la paciència (*patientia*) contra la ira, la templança (*temperantia*) contra la gola, la caritat